

En otras palabras, no existe una “identidad ecologista” en sí, mientras que la identidad étnica es una identidad *en sí* que se convierte en identidad *para sí*, como medio de emancipación. Esta dualidad tiene consecuencias importantes en la relación entre organizaciones indígenas y ecologistas, puesto que la convergencia de ambos tipos de movimientos sociales descansa en un compromiso, más que en la recuperación de uno por el otro, como lo pretende Ulloa. Por ejemplo, la alianza entre la Coordinadora de organizaciones indígenas de la cuenca amazónica (COICA) y las ONG internacionales de conservación, analizada en los capítulos 3 y 4, se debe entender como una alianza estratégica, que difícilmente se puede reducir a una forma de racionalidad instrumental, en el sentido de las teorías de movilizaciones de recursos o de lucha por el poder.

Los miembros de las comunidades y organizaciones de la COICA no son “nativos ecológicos” sino unos actores étnicos que se apropian del discurso del ecologismo como para hacer valer sus derechos en territorios que garantizan su supervivencia. Las organizaciones de conservación y el movimiento ecologista en general no las consideran como “nativos ecológicos” mas como socios cada vez más imprescindibles para enfrentar los límites del desarrollo y garantizar la conservación de espacios que garantizan la supervivencia de la humanidad.

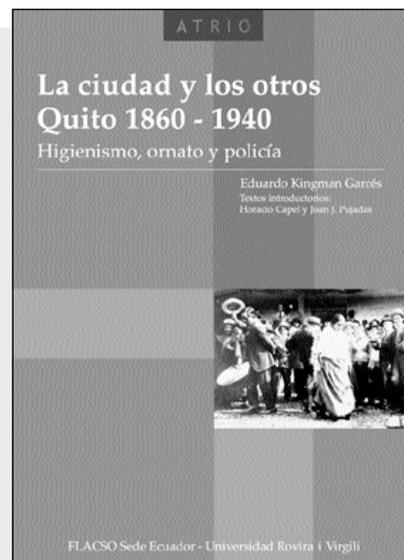
Es aquí donde la distinción entre racionalidad teleológica, instrumental y comunicativa es útil: esta alianza es instrumental para ambas partes en la medida que éstas se ponen de acuerdo para actuar racionalmente (en el sentido teleológico) contra la crisis ambiental y desarrollar racionalmente (en el sentido de la comunicación) un nuevo modelo de desarrollo.

Al fin y al cabo, el marco teórico proporcionado por los estudios culturales (en particular el concepto de “gubernamentalidad” retomado de Foucault) y las relaciones inter-

nacionales (en particular la teoría de los “régimenes” inspirada de Alison Brysk) es poco adecuado para explicitar la interacción entre ecologismo y etnicidad. Tanto la hermenéutica del discurso indígena y ecologista, como el seguimiento de las reuniones internacionales que aportan a este libro un material valioso y abundante, serían mejor tratados desde la perspectiva del actor que desde aquella del sistema internacional, eso es, en términos de procesos de gobernabilidad y no de sistema de gobernanza.

Guillaume Fontaine

Profesor-investigador de Flacso-Ecuador



Eduardo Kingman Garcés, 2006,
La ciudad y los otros. Quito 1860 – 1940,
Flacso-Ecuador, U. Rovira i Virgili, Quito-España.

La ciudad y los otros es una investigación histórica que invita a pensar los posibles usos del estudio sobre el pasado en la comprensión de fenómenos sociales presentes. A primera vista, dicha pertinencia resulta obvia; sin

embargo, entraña una serie de complejidades epistemológicas y teóricas que merecen ser anotadas. Frente a esta problemática, la presente reseña pone especial atención en la comprensión de la cultura y las relaciones sociales en procesos históricos de cambio.

Desde el inicio Eduardo Kingman prefiere hablar de modernidades y no de modernidad, ya sean inaugurales en unos casos, y alternativas o negociadas en otros; el objetivo es liberarse de modelos preestablecidos de lo moderno. En su trabajo la modernidad “es una noción histórica relativa a cada época y las mentalidades de cada época”. En el caso de los Andes la modernidad coexistió (y coexiste) con tendencias no modernas y antimodernas implicadas en su *ethos* barroco. Si bien la modernidad se identificó con la idea de Progreso y de *omato*, su emergencia no respondió a transformaciones en los modos de producción, sino a la articulación de las ciudades y del Estado al mercado mundial y a proyectos de modernidad particulares ligados al mundo de la hacienda, la plantación y el desarrollo de un tipo de capital no productivo.

La transición de la *ciudad señorial* a la *primera modernidad* en Ecuador, y específicamente en Quito, permite a Kingman mostrar cómo tradición y modernidad se complementaron históricamente. Aunque las idas y venidas que hace el autor dentro del periodo de *transición* estudiado pueden llegar a confundir al lector sobre el momento histórico al que asiste, también sirven para desprender la lectura de cualquier sentido cronológico del tiempo. El objetivo es entender la gramática del pasado como un proceso relacional.

La *ciudad señorial* es producto de la estrecha relación entre el mundo urbano y rural, así como de una dinámica mercantil de carácter regional. Campo y ciudad integraban una misma formación histórico-social, Quito a inicios del siglo XIX era un campo de fuerzas atravesado por el sistema de hacienda instituido en la colonia y, aunque restringido, el

intercambio comercial con otras regiones en el marco del proceso de construcción del Estado y la idea de nación.

No obstante, Kingman señala que “si bien los procesos de configuración social urbana se vieron condicionados por el sistema de hacienda y por el peso social y simbólico de los terratenientes, en las urbes se desarrollaron muchas formas alternativas de organización y representación de los sectores subalternos que entraron en contradicción con la sociedad colonial y republicana”.

En la investigación se afirma que la separación de la ciudad y el campo respondía a un orden simbólico, más que a la estructura y dinámica económica y administrativa de la época. La urbe se imaginaba en oposición al agro, la ciudad significaba la civilización, la simetría, el orden y la centralidad, mientras el campo implicaba la barbarie, la irregularidad, el caos y la dispersión. En ese juego de dicotomías los indígenas eran vistos como sujetos rurales, a pesar que existían muchos indios urbanos insertos completamente en la vida cotidiana de la ciudad.

Los sistemas de clasificación y jerarquía en la *ciudad señorial* no sólo respondían a criterios raciales, sino a un confuso y complejo juego de distinciones de estatus, género, consumo, uso del espacio y una multiplicidad de *performance* públicas; donde indígenas, plebeyos y mujeres eran excluidos y/o incluidos de forma subordinada. La *ciudad señorial* era el dominio del hombre blanco-mestizo (en menor medida mestizo), aristócrata y propietario.

Kingman es preciso en señalar que cualquier clasificación estaba sujeta a negociaciones, aunque de cierta forma en función del sentido común de los ciudadanos blancos; quienes, entre otras prácticas de clasificación, establecían distinciones para diferenciar a un mestizo de un cholo o un indio. Al interior de los propios órdenes sociales también se hacían distinciones. Este hecho abre un campo de conflictividad y lucha que irá

extendiéndose y profundizando conforme avanza el siglo XIX.

En palabras del autor: “tampoco en ese tiempo (principios del XIX) existían identidades fijas y las clasificaciones no dependían sólo del *sentido práctico* sino de la forma cómo los individuos lograban ubicarse dentro de un campo de fuerzas en donde buena parte de las batallas, se libraban en términos simbólicos... No todos podían aspirar a ser incluidos entre los nobles, pero todos los que tenían posibilidad de hacerlo, aspiraban a ser considerados blancos antes que mestizos”.

Pero también los sectores subalternos eran capaces de jugar en el campo de las relaciones de poder que producían los sistemas de clasificación operantes en la ciudad. Por ejemplo, el gremio de los albañiles, compuesto principalmente por indígenas, a principios de siglo XIX “justamente cuando la elite quiteña estaba interesada en reafirmar la identidad de Quito promoviendo mitos fundacionales hispánicos, los miembros levantaron su propia campaña para erigir un monumento a Atahualpa”.

En lo referente a la *primera modernidad*, Kingman apunta que no es posible en el marco de su investigación (y no parece necesario) hacer una reconstrucción del conjunto de cambios que acaecieron en esos años, limitando su análisis al “papel de ferrocarril en la dinamización del mercado interno y el desarrollo urbano”, y a las “formas de estructuración social que comenzaron a generarse en Quito como resultado del desarrollo del capital comercial, la modernización terrateniente y el surgimiento de nuevos sectores sociales urbanos”.

Con el ferrocarril Quito se independizó de la producción de las haciendas y las huertas de la región. No sólo la ciudad se benefició de las nuevas relaciones con mercados más amplios, la hacienda serrana también se fortaleció con la comercialización de sus productos en la costa y el incremento de sus rentas.

Al dinamizarse la circulación de personas y mercancías, se intensificaron los intercambios materiales y simbólicos entre la población, hecho que repercutió en el crecimiento y diversificación de la ciudad. La nueva articulación de la ciudad respecto al territorio nacional, que era física pero también simbólica, significó en cierta medida el replanteamiento de las relaciones sociales en el sistema rural-urbano propio de la *ciudad señorial*.

Al seguir el argumento de Kingman se entiende que el umbral de la *primera modernidad* en el contexto urbano del mundo andino (finales del XIX y principios del XX) está marcado por el deterioro de las relaciones sociales del Antiguo Régimen y el apareamiento de nuevos sectores en la escena urbana. Sin embargo, este proceso no significó la sustitución de unas estructuras por otras, sino la coexistencia y simultaneidad de ambos órdenes sociales en los espacios urbanizados, donde se incluye también las relaciones del sistema de hacienda.

En palabras de William Roseberry dos *sujetos antropológicos* irrumpen en proceso de transición de la *ciudad señorial* a la *primera modernidad*: una servidumbre urbana de origen rural y una clase media constituida en la *economía política de la decencia*. No hay que perder de vista que dicho *apareamiento* adquiere sentido en el proceso que el propio Roseberry denominó *proletarización desigual*, refiriéndose a la formación de clases en sociedades con modos de producción precapitalistas o mixtos (no capitalistas y capitalistas).

Desde esta perspectiva, la *servidumbre urbana* en Quito se constituye en una clase social propia de la articulación entre sistema campo-ciudad del siglo XIX y los procesos de urbanización de la *primera modernidad*. ¿Qué hace de la *servidumbre urbana* una condición de clase particular (asumiendo la noción de clase en sentido amplio de Bourdieu)? La relación salarial era una ficción, la fuerza de trabajo de los sirvientes no eran considerada

mercancía, la servidumbre estaba integrada a la *familia*, de cual además “se sentían parte. Se trataba de una reproducción de relaciones patriarcales, cuya explicación hay que buscarla, no tanto en razones económicas, como en la costumbre y en la reproducción de formas de violencia simbólica...la servidumbre urbana, como forma *natural* de organización del trabajo, sobre todo femenino, no fue sólo un recurso del hogar doméstico sino de los servicios, el comercio, e inclusive las instituciones públicas. La figura de la *barchidona* en los hospitales públicos fue, hasta hace no mucho, la de una sirvienta de hospital.”

La clase media en las ciudades andinas es producto de un proceso igualmente complejo. Las relaciones de clase de los sectores medios no están fijadas en estructuras capitalistas, sino en una suerte de economía política del símbolo condensada en la noción de decencia. A propósito de este punto Kingman observa que “las elites aristocráticas y los sectores burgueses en ascenso, dependientes de ellas, se mostraban poco dispuestos a compartir sus espacios con otros sectores sociales, ya fueran las clases obreras y artesanas o las capas medias, cuyos miembros eran permanentemente ubicados –en medio de un verdadero delirio clasificatorio – entre los cholos, las ramas torcidas de los Gangotena, los Matheus o los Jijón”

La noción de *ornato* propuesta por Kingman es fundamental para entender el proceso de constitución y formación de la clase media. Como se anotó anteriormente la ubicación de alguien dependía de la capacidad de negociar una posición dentro de los sistemas de clasificación social y espacial de la ciudad. La necesidad de ocupar un lugar, tanto social como físico dentro de la urbe, *obligó* a la clase media a vehicular ideologías y prácticas de las elites con el fin de distinguirse de las capas populares y los indígenas, sectores sociales considerados no urbanos.

En este contexto, la idea de *ornato* hace

referencia al principio de ordenamiento urbano que emerge en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. La procedencia del *ornato* puede rastrearse en las estructuras de clasificación social y “racial” de la *ciudad señorial* pero también en la forma como es asumida en la *primera modernidad*. El *ornato* es un modo de vivir y dividir el mundo, es la expresión de una cultura que establece las diferencias sociales en función de criterios de distinción simbólicos de un tipo particular de modernidad. El *ornato* es un dispositivo de poder que permite ordenar y administrar a las cosas y a las personas sobre la base de oposiciones binarias constituidas en el sistema campo – ciudad.

Para terminar este breve comentario y volviendo a cuestionamiento inicial de esta reseña, desde el enfoque antropológico de economía política el análisis del proceso histórico es fundamental para comprender la estructura y dinámica de la cultura y las relaciones sociales. Se podría preguntar a nivel teórico ¿de qué modo se han desarrollado las relaciones de clase en la segunda mitad del siglo XX? ¿cómo se cruza la posición social de clase con categorías étnicas, de género, región, etc., actualmente? ¿qué dispositivos de poder operan en la ciudades de inicios del siglo XXI y cómo se relacionan con sus antecesores; en este caso el *ornato*? Pero también resulta pertinente explorar empíricamente ¿qué efectos ha tenido el *ornato* en el desarrollo urbanístico de la ciudad después de la segunda mitad del siglo XX?, ¿qué relación hay entre la idea de *ornato* y las políticas de *patrimonio* y de *rehabilitación* del Centro Histórico?, ¿cómo opera el *ornato* en la definición de políticas de seguridad ciudadana del gobierno local?, ¿qué papel juegan los imaginarios de la *ciudad señorial* y la *primera modernidad* en la producción de discursos sobre la cultura y la política?

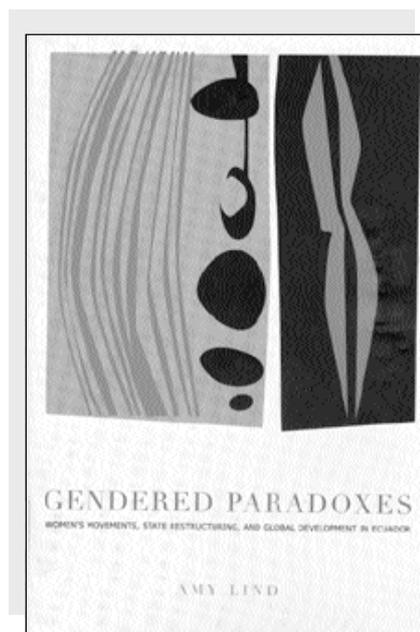
En definitiva, *La ciudad y los otros* es una investigación histórica cuya actualidad

depende de los usos que se haga de ella. Especial atención merece la riqueza y variedad de los documentos históricos que maneja el autor, las entradas teóricas y metodológicas que propone y los propios hallazgos que presenta. Sin duda, esta investigación es un aporte importante a las Ciencias Sociales en Ecuador, sobre todo por los debates e interrogantes que plantea.

Por último, parafraseando a Marx, pero en la línea de la economía política del símbolo, en los procesos de conquista se pueden prever tres escenarios posibles: el triunfo del modo de producción capitalista sobre el conjunto de formaciones sociales preexistentes, o una combinación en la que el modo de producción capitalista subordina y funcionaliza los sistemas no capitalistas, o finalmente, la posibilidad de la emergencia de algo ostensiblemente nuevo, tanto de la matriz capitalista como de las matrices anteriores. Habría que preguntar si en el caso de Ecuador, y en especial en el de Quito, la última posibilidad de hecho aconteció.

Jorge Núñez Vega

Profesor-investigador asociado, Programa de Estudios de la Ciudad, FLACSO –Ecuador



Lind, Amy, 2005,

Gendered Paradoxes: Women's Movements, State Restructuring, and Global Development in Ecuador,

The Pennsylvania State University Press,
Pennsylvania

El trabajo de Amy Lind constituye una referencia obligada para quienes deseen entender los retos que enfrentan los movimientos sociales en el actual contexto de profundización de políticas neoliberales y creciente globalización. Lind examina las paradojas que afrontan las organizaciones de mujeres ecuatorianas en su relación con el Estado, las políticas neoliberales, otros movimientos sociales, los distintos niveles del accionar feminista y las identidades de género que se construyen y negocian a través de la acción política. La contribución más importante de este estudio radica en anotar que ninguna de estas relaciones puede entenderse de manera simple ni se presta a lecturas fáciles, evitando así caer en la “esencialización” y heroización que suele caracterizar las lecturas occidentales de los movimientos sociales del tercer mundo y particularmente de las luchas feministas que se